

Todos estos puntos son para ellos puntas que punzan y atraviesan su corazon; que no hay lanzada que tanto sientan: nunca les falta á los soberbios del mundo algo de esto, por mucho que priven y tengan: y así traen siempre el corazon mas amargo que una hiel, y andan siempre con una perpétua inquietud y desasosiego: y lo mismo será acá en la Religion, si uno es soberbio; porque tambien reparará en si hacen menos caso de él que de los otros, y en que echaron mano de aquel para tal y tal negocio, y á él le dejaron olvidado. Y estas cosas y otras semejantes causarán tanta inquietud en él, como en los del mundo sus puntos y pretensiones.

De aquí se entenderá otra cosa que experimentamos muy comunmente; que aunque es verdad que hay enfermedad de melancolía, pero muchas veces el estar uno melancólico y triste no es humor de melancolía ni enfermedad corporal, sino humor de soberbia y enfermedad espiritual. Estais triste y melancólico porque estais olvidado y arrinconado, y no hacen caso de vos. Estais triste y melancólico porque de donde pensábais salir con honra no salísteis con ella, antes os parece que quedásteis corrido y afrentado. No os sucedió la cosa como quisierais, ni os salió el sermón, ni el argumento, ni las conclusiones como pensábais, antes os parece que perdisteis de vuestro crédito y

opinion, y por eso quedais triste y melancólico; y cuando habeis de hacer alguna cosa de estas públicas, el temor de cómo os ha de suceder, y si habeis de ganar honra ó perderla, os trae triste y congojado. Estas son las cosas que traen triste y melancólico al soberbio; pero el humilde de corazon, que no desea honra y estimacion, y se contenta con el lugar bajo, está libre de todas esas congojas y desasosiegos, y goza de mucha paz, conforme á las palabras de Cristo, de quien lo tomó aquel Santo que dice (1): «Si hay paz en la tierra, el humilde de corazon la posee.» Y así aunque no hubiera de por medio otro espíritu ni perfeccion, sino solo nuestro interés, y tener paz y quietud en nuestro corazon, por solo eso habíamos de procurar ser humildes; porque eso es vivir, y esotro es morir viviendo.

San Agustin cuenta (2) á este propósito una cosa de sí, con que dice que le dió el Señor á entender la ceguedad y miseria en que entonces andaba. Como yo anduviese, dice, muy ocupado en una oracion que habia de recitar al Emperador, diciendo sus loores, de los cuales los mas habian de ser falsos, y yo loado por ello de los que sabian ser tales (para que se vea la vanidad y la locura del mundo), pues como yo anduviese con grande cuidado de esto, muy pensativo é imaginativo en cómo me

(1) Thom. de Kempis.

(2) August. lib. 6 Confes. cap. 6.

habia de suceder, ardiendo con calentura de consumidores pensamientos, acaeció que pasando por una calle de Milan ví á un pobre mendigo, que despues de haber comido y bebido jugaba y tomaba placer, estaba muy alegre y regocijado: lo cual como yo viese, suspiré, y dije á mis amigos, que allí estaban, muchas lástimas de nuestras locuras, pues que en todos nuestros trabajos, como en los que entonces estábamos ocupados trayendo á cuestas la carga de nuestra infidelidad, heridos con los agujones de mil codicias, y añadiendo carga á carga, no buscábamos ni procurábamos otra cosa sino alcanzar una segura alegría, en lo cual nos iba ya adelante aquel pobre á nosotros, que por ventura nunca allá llegaríamos; porque lo que él habia alcanzado con su poca limosna, eso andaba yo buscando con tantos trabajos y desventuras, quiero decir, la alegría de la felicidad temporal. Es verdad, dice san Agustin, que aquel pobre no tenia la verdadera alegría, mas yo con mis ambiciones mas falsa la buscaba que aquella; y al fin él se alegraba, y yo andaba triste; él estaba seguro, y yo con miedo y sobresaltos: y si alguno me preguntara qué quisiera mas, estar alegre ó triste, yo le respondiera, que mas quisiera alegrarme; y si me volviera á preguntar si querria yo mas ser tal como aquel ó como yo era, entonces escogiera ser mas el que era, así lleno de traba-

jos y malas venturas. Y no tuviera razon dice. Sino pregunto: ¿Qué causa habia para ello? No me debiera yo anteponer á aquel pobre por ser mas sábio que él, pues serlo no me daba contentamiento; mas con el saber solamente deseaba contentar á los hombres, no para enseñarles, mas solo para agradarles. Sin duda, dice, era aquel mas bienaventurado que yo, no solamente porque él estaba alegre, y yo con cuidados que me arrancaban las entrañas, mas tambien porque con buenos medios habia alcanzado el vino, y yo mintiendo buscaba gloria vana.

CAPÍTULO XXIII.

De otro género de medios mas eficaces para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella.

Ya habemos dicho del primer género de medios que suelen dar para alcanzar la virtud, que es, razones y consideraciones así divinas como humanas; pero es tanta la inclinacion que tenemos á este vicio de la soberbia, por haberse nos quedado arraigado en el corazon aquel *eritis sicut Dii*, Genes. c. III, v. 5, de nuestros primeros padres, que no bastan cuantas consideraciones hay para que acabemos de perder estos brios y humos de ser tenidos y estimados. Parece que nos acontece en esto como á los que tienen miedo, que por mu-

chas razones que les digais para persuadirles que no hay de que temer, dicen: Bien veo que todo eso es verdad, y yo querria; pero con todo eso no puedo acabar conmigo de perder el miedo. Así dicen algunos: Bien veo yo que todas esas razones que habeis dicho de la opinion y estima de los hombres son verdaderas, y convencen que todo es un poco de viento y vanidad; pero con todo eso no puedo acabar conmigo de no hacer caso de ello. Yo querria; pero parece que, sin querer, no sé cómo me llevan esas cosas tras sí, y me inquietan. Pues así como no bastan razones y consideraciones para quitar el miedo al medroso, sino que juntamente con eso le solemos dar remedios de obras, diciéndole que llegue y toque aquellas que le parecen fantasmas y espantajos, y que se vaya de noche á los lugares oscuros y solos para que experimente y vea que no hay nada, sino que todo era imaginacion y aprehension suya, y de esa manera vaya perdiendo el miedo; así tambien para acabarlo de perder á la opinion y estimacion del mundo, y no hacer caso de eso, dicen los Santos que no bastan razones ni consideraciones, sino que es menester medio de obra y ejercicio de humildad, y que ese es el mas principal y eficaz remedio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta virtud.

San Basilio (in regul. brevi, 198) dice, que así como las ciencias y

artes se adquieren con el ejercicio, así tambien las virtudes morales. Para ser uno buen músico, ó buen oficial mecánico, ó buen retorico, ó filósofo, es menester ejercitarse en eso, y de esa manera saldrá con ello. Así tambien para alcanzar el hábito de la humildad y de las demás virtudes morales es menester ejercitarnos en sus actos, y de esa manera lo alcanzaremos. Y si alguno dijere que para componer y moderar las pasiones y afectos de su ánima, y alcanzar las virtudes, bastan razones y consideraciones, y los avisos y documentos de la Escritura y de los Santos, engañase, dice san Basilio in regul. fusiis disp. 7: *Is similiter facit, ut si quis disceret edificare, nec unquam tamen edificaret, et excudere, et quæ didicisset, ea in actum nunquam educeret*: Ese será como el que quisiese aprender á edificar ó á acuñar moneda, y nunca se ejercitase en ello, sino que todo se le fuese en oír los documentos y avisos del arte. Ese cosa cierta es que nunca saldrá oficial. Pues así tampoco saldrá con la humildad ni con las demás virtudes el que no se ejercitare en ellas. Y trae en confirmacion de esto aquello del apóstol san Pablo, ad Rom. III, v. 13: *Non enim auditores legis justi sunt apud Deum; sed factores legis justificabuntur*: No basta para esto oír muchas razones y documentos, sino es menester obrarlos; y mas vale y aprovecha para este negocio la práctica y ejercicio, que toda cuanta

retórica hay. Y aunque es verdad que toda virtud y todo bien nos ha de venir de la mano de Dios, y que nuestras fuerzas no son bastantes para eso; pero quiere ese mismo Señor que nos lo ha de dar que nosotros nos ayudemos de esta manera.

San Agustin, tract. 58 sup. Joan., sobre aquellas palabras de Cristo: *Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes*, Joan. XIII, v. 14, dice que esto es lo que nos quiso enseñar Cristo nuestro Redentor con este ejemplo de lavar los piés á sus discípulos: *Hoc est, beate Petre, quod nesciebas quando fieri non sinebas; hoc tibi postea sciendum promisit, ecce ipsum est postea*: Esto es, Pedro, lo que no sabias cuando no querias consentir que te lavase Cristo los piés; él te prometió que lo sabrias despues; este despues ahora lo entenderéis. Y es, que si queremos alcanzar la virtud de la humildad nos ejercitemos en actos exteriores de humildad: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis*: Heos dado ejemplo para que hagais como yo lo he hecho; *Didicimus fratres humilitatem ab excelso, faciamus invicem humiles, quod humiliter fecit excelsum*: Pues el Soberano y Todopoderoso se humilló, pues el Hijo de Dios se abatió y ocupó en ejercicios humildes y bajos, lavando los piés á sus discípulos, y sirviendo á su Madre y al santo José,

y estando sujeto y obediente á ellos en todo lo que le mandaban, aprendamos nosotros de él: ejercitémonos en ejercicios bajos y humildes, y de esa manera alcanzaremos la virtud de la humildad.

Esto es tambien lo que dice san Bernardo, epist. 87: *Humiliatio via est ad humilitatem, sicut patientia ad pacem, sicut lectio ad scientiam*: La humiliacion exterior es el camino y medio para alcanzar la virtud de la humildad, como la paciencia para alcanzar la paz, y la lición y estudio para alcanzar la ciencia. *Si virtutem appetis humilitatis, viam non refugias humiliationis; nam si non poteris humiliari, non poteris ad humilitatem provehi*: Por tanto, si quereis alcanzar la virtud de la humildad, no huyais de los ejercicios de la humiliacion; porque si decís que no podeis, ó no os quereis humillar y abajar, tampoco podréis alcanzar la virtud de la humildad.

Va probando muy bien san Agustin y dando la razon por que este ejercicio de la humiliacion exterior ayuda y es tan importante y necesario para alcanzar la verdadera humildad del corazon: *Cum enim ad pedes fratris inclinatur corpus, etiam in corde ipso, vel exercitatur, vel si jam inerat, confirmatur ipsius humilitatis affectus*: Están tan unidos y trabados entre sí este hombre exterior é interior, depende tanto el uno del otro, que cuando el cuerpo anda humillado y abatido, se despierta allá dentro en

el corazón un afecto de humildad: no sé qué se tiene aquel humillarme delante de mi hermano á servirle y á besarle los piés; no sé qué se tiene el vestido pobre y vil, y el oficio bajo y humilde, que parece que va engendrando y criando la humildad en el corazón, y si la hay la va conservando y aumentando. Y con esto responde san Doroteo (doctr. 2) á esta pregunta: ¿Cómo del vestido bajo y vil que está en el cuerpo puede ganar humildad el alma? Porque cierta cosa es, dice, que del cuerpo se pega al alma la buena ó mala disposición. Y así vemos que una disposición tiene el alma cuando el cuerpo está sano, y otra cuando está enfermo; y una cuando está harto, y otra cuando está con hambre. Pues de la misma manera: de un afecto se viste el alma cuando el hombre se sienta en un trono ó sobre un caballo ricamente enjaezado, y de otro cuando se siente en la tierra ó sobre un jumento; y un afecto y disposición tiene cuando se adorna de vestidos preciosos, y otra cuando se cubre con vestidos pobres y viles.

San Basilio, in regul. fusius disp. 22, notó también esto muy bien: dice que así como á los hombres del mundo el vestido bueno y lustroso les levanta el corazón, y engendra en ellos unos humos de vanidad y soberbia y estima propia; así en los religiosos y siervos de Dios el vestido pobre y humilde despierta en el corazón un afecto de humildad, y cria desestima de

sí, y parece que hace al hombre despreciable. Y añade el Santo, que así como los hombres del mundo desean los vestidos buenos y lustrosos para ser por ellos más conocidos y más tenidos y estimados; así los siervos de Dios y verdaderos humildes desean los vestidos viles y pobres para ser por eso desestimados y tenidos en menos de los hombres, y porque en aquello les parece que hallan gran remedio para conservarse en la verdadera humildad y crecer en ella. Entre todas las humillaciones exteriores, una de las más principales es la del vestido pobre y vil, y por eso es tan usado de los verdaderos humildes. Del Padre san Francisco Javier leemos en su vida, lib. 6, c. 7, que andaba siempre muy pobremente vestido para conservarse en humildad, temiendo no se envolviese y mezclase en el vestido bueno alguna estimación ó presunción, como suele acontecer.

Por otra razón se verá también que para alcanzar la humildad de corazón, y cualquier otra virtud interior, ayuda mucho el ejercicio exterior de la misma virtud, porque la voluntad se mueve mucho más con eso que con los deseos; porque el objeto presente claro está que mueve más que el ausente, como lo que vemos con los ojos nos mueve más que lo que oímos. De donde manó el proverbio: Lo que ojos no ven, corazón no quiebra. Así lo exterior que se pone por obra, porque el objeto

está allí presente, mueve mucho más la voluntad que las aprehensiones y deseos interiores, donde el objeto no está presente, sino en sola la imaginación y aprehensión. Mas virtud de paciencia criará en vuestra ánima una grande afrenta bien sufrida con la voluntad, que cuatro en solo deseo sin obrar: y más virtud de humildad criará en vuestra ánima el hacer un día el oficio bajo y humilde, y el traer un día el vestido roto y pobre, que muchos días de solos deseos. Cada día lo experimentamos, que tiene una repugnancia de hacer una mortificación de esas ordinarias que hacemos, y al segundo día que la hace no siente dificultad, y antes había tenido muchos deseos de eso, y no bastaron para vencer la dificultad; y por esta misma razón usa también la Compañía algunas mortificaciones públicas, como vemos que las usaron muchos Santos; porque con una vez que se haga una cosa de estas, queda uno señor de sí para otras cosas que antes se le hacían dificultosas. Y añádese á esto lo que dicen los teólogos, que el acto interior, cuando se acompaña con el exterior, comúnmente es más intenso y eficaz. De manera que por todas partes ayuda mucho para alcanzar la virtud de la humildad el ejercitarnos exteriormente en cosas bajas y humildes.

Y porque por los mismos medios y causas por donde una virtud se alcanza, se conserva y au-

menta, así como el ejercicio exterior es necesario para alcanzar la virtud de la humildad; así también lo es para conservarla y aumentarla. De donde se sigue, que para todos es muy importante este ejercicio, no solamente para los que comienzan, sino para los que van adelante y están muy aprovechados, como lo dijimos también tratando de la mortificación: así nuestro santo Padre en las Constituciones y reglas (1) lo encomienda mucho á todos: *Magnopere confert devote quoad fieri poterit, ea munera obire, in quibus magis exercetur humilitas, et charitas*: Muy especialmente ayudará hacer con toda devoción posible los oficios donde se ejercita más la humildad y caridad. Y en otra parte (2) dice: «Débense prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es cuando uno se entiende ser inclinado á soberbia, ejercitándose en cosas bajas, que se piensa le ayudarán para humillarse; y así de otras inclinaciones siniestras. Y en otra, cuanto á los oficios bajos y humildes, débense prontamente tomar aquellos en los cuales hallare mayor repugnancia (si le fuere ordenado que los haga). Y así digo que estas dos cosas, humildad y humillación, se han de ayudar la una á la otra, y de la humildad interior, que es despreciarse á sí mis-

(1) Tractat. 1, c. 18, 3 part. Const. c. 1, § 13 et 23, regul. 14 et 19 summar.

(2) Cap. 4 exam. § 23, regul. 13 summar.

mo y tenerse en poco, y desear ser tenido de los otros en poco, ha de nacer la humiliación exterior, que tal se muestra el hombre por defuera cual se estima de dentro: quiero decir, que así como el humilde se desprecia interiormente en sus mismos ojos, y se tiene por indigno de toda honra, así ha de ser el tratamiento exterior, y las obras exteriores que hiciera: échese de ver en las obras la humildad interior que hay allá dentro, escoged el lugar mas bajo, como dice Cristo nuestro Redentor; no os desdeñeis de tratar con los pequeños y bajos; holgaos con los oficios humildes, y esa misma humiliación exterior, que nace de la interior, acrecentará esa misma fuente de donde nace.

CAPÍTULO XXIV.

Confirmase lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Pedro Cluniacense (1), que hubo en la Orden de la Cartuja un religioso de santa y aprobada vida, á quien Nuestro Señor conservó tan casto, puro y entero, que ni aun entre sueños tuvo jamás ninguna ilusión. Llegándose la hora de su muerte, como asistiesen á su cabecera todos los religiosos, el Prior, que tambien esta-

(1) Petr. Cluniac. lib. 2 miraeul. cap. 19; et Titelm Brandembr. lib. 2 collat. sacram, cap. 33.

ba allí, le mandó que les dijese cuál era la cosa en que entendia haber agradao mas á Nuestro Señor en esta vida. Él respondió: Padre, dificultosa cosa es la que me mandas, y que en ninguna manera la dijera si la obediencia no me obligara á ello. Yo desde mi niñez he sido muy afligido y perseguido del demonio; pero segun la muchedumbre de los dolores y tribulaciones que padecia mi corazón, así era recreada mi ánima con las muchas consolaciones que Cristo y la Virgen María su madre me enviaban. Estando, pues, yo un dia muy afligido y fatigado con graves tentaciones del demonio, aparecióme la soberana Virgen, y con su presencia huyeron los demonios, y cesaron todas sus tentaciones; y despues de haberme consolado y animado á perseverar, y á ir adelante en la virtud y perfección, me dijo: Y para que mejor puedas hacer esto, te quiero decir en particular de los tesoros de mi Hijo tres maneras ó ejercicios de humildad, en las cuales ejercitándote agradarás mucho á Dios, y vencerás á tus enemigos: y son, que te humilles siempre en estas tres cosas, en la comida, en el vestido, y en los oficios que hiciere: de manera que en el comer desees y procures los manjares mas viles, y en el vestido el mas pobre y grosero, y cuanto á los oficios, procures siempre los mas bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en otros oficios

mas abatidos y despreciados de que otros se desdeñan y huyen. Y en diciendo esto desapareció, y yo imprimí en mi corazón la virtud y eficacia de aquellas sus palabras, para hacer de allí adelante segun ella me habia enseñado, y con esto ha sentido mi ánima gran provecho.

San Casiano (1) cuenta del abad Pafnucio que, siendo monje en Egipto, y abad de un monasterio, por sus venerables canas y admirable vida estimado y honrado de los monjes como padre y maestro, llevando mal tanta honra, y deseando verse humillado y olvidado, y tenido en poco, una noche salió secretamente de su monasterio, y vistiéndose un hábito de seglar, se partió para el monasterio de Pacomio, que estaba muy lejos del suyo, y florecia entonces mucho en rigor y fervor de santidad, para que así, no siendo conocido, le tratasen como á novicio, y le tuviesen en poco: y estuvo á la puerta muchos dias pidiendo el hábito humildemente, postrándose y arrodillándose delante de todos los monjes; y allí de propósito le despreciaban y daban en rostro que, despues de estar harto de gozar del mundo, á la vejez venia á servir á Dios, cuando parece que venia mas por necesidad, y porque le diesen de comer y sirviesen, que no para servir él. Al fin le recibieron, dándole el cargo de la huerta

(1) Cassian. lib. 5 de instit. renuntiantium, cap. 30 et 31; et collat. 20, cap. 21.

del monasterio, poniéndole otro por superior, á quien en todo obedeciese. Haciendo su oficio con grande exacción y humildad, procuraba hacer todo lo que otros rehusaban, que era lo mas molesto de casa; y no contentándose con lo que hacia de dia, se levantaba de noche secretamente, y aderezaba las cosas que podia de casa, sin que pudiese ser visto, maravillándose todos por la mañana por no saber quién lo hacia. Estuvo así tres años muy contento de la buena ocasión que tenia entre manos de trabajar y ser tenido en poco, que era lo que tanto habia deseado; y como sus monjes sintiesen mucho la ausencia del tal Padre, salieron algunos de ellos á buscarle por diversas partes, y ya desconfiados de hallarle, al cabo de tres años, como pasase por el monasterio de Pacomio uno de los monjes de Pafnucio, bien descuidado de hallarle, al fin le reconoció estando el Santo estercolando la tierra. Echóse á sus piés: los que le vieron no poco se espantaron de esto; y mas cuando supieron quién era, por la fama que de él y de sus cosas tenian, pidiéronle perdon. El santo viejo lloraba su desdicha en haber sido descubierto por envidia del demonio, y perdido el tesoro que allí tenia. Lleváronle, aunque por fuerza, á su monasterio: recibieronle con incomparable alegría, y guardáronle desde entonces con mucha diligencia. Pero no fue parte esto para que él (con el deseo